



## CARTA-PRÓLOGO

DE LA PRIMERA EDICIÓN. (1876.)

*Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.*

**M**i muy querido amigo y paisano: Pasan los años, marchitarse las ilusiones, las esperanzas terrenales se disipan, los desengaños aumentan, desfallecen á una cuerpo y espíritu, el círculo de la existencia se va cerrando, pero el amor al suelo natal permanece vivo en mi corazón: ni el tiempo, ni la ausencia, ni los trabajos y dolores le extinguen; antes bien crece con ellos de día en día, haciéndose cada vez más íntimo, enérgico y profundo. Paréceme estar oyendo de continuo, *tristes y dulces* ceñ, Flo- como la memoria de las *pra*, La *Canal* y Pidal ecos vagos y *soledos* esto era que de *ella* saliese



piñas y de las apacibles tonadas , á cuyo arrullo dormí los sueños primeros , cual si me llamasen á terminar esta vida de tribulaciones allá donde empecé á correrla , feliz y descuidado , entre juegos y risas , caricias y flores. Sumido en amargura y desaliento, sin porvenir ya en el mundo, pocas ideas me apenan tanto como la de exhalar el último suspiro fuera del suelo bendito en que reposan las cenizas de mis abuelos y aún alientan mis padres y hermanos muy amados. ¡Cuán á menudo se me vienen á los labios, con indecible emoción y humedecidos los ojos, aquellos tiernos versos de Lista :

« ¡ Dichoso quien nunca ha visto  
 Más río que el de su patria,  
 Y duerme anciano á la sombra  
 De pequeñuelo jugaba ! »

Poseído yo de tales sentimientos, natural es que me complazca en explayar la imaginación por esas tierras cántabro-asturianas, como para consolarme de su ausencia, recorriendo en espíritu sus amenísimos valles y enriscadas cumbres, evocando sus antiguas fantasmas mejorando y progresos, y el cuadro halagüeño de su bienandanza. Así, na-

die extrañará que experimente indecible gozo al recibir de esas montañas y marinas, señales de cariño , noticias de hechos que enaltezcan á sus hijos , ó testimonios de su saber y cultura tan elocuentes como las notabilísimas epístolas literarias que V. ha tenido la bondad de encabezar con mi humilde nombre , honrándole sobre todo encarecimiento , y poniendo el suyo y el de nuestra común patria á grande altura. Nuevo y muy preciado título de gloria será el libro de V. para nuestra literatura regional , hoy en alto grado rica y floreciente ; pues , aparte de otros prosistas y poetas estimabilísimos, posee uno de los primeros filósofos contemporáneos en Fr. Zeferino González, en Campoamor uno de los líricos más egregios , un insuperable novelista y pintor de costumbres en Pereda, un tan soberano artífice y maestro de la palabra como *Juan García*, y anticuarios y eruditos tan hábiles , laboriosos y concienzudos como Caveda, Arias de Miranda , Assas y Ríos y Ríos, dignos sucesores de los Campomanes , Sánchez (D. Tomás Antonio), La Serna Santander, Ceán , Floranes , Martínez Marina, La Cueva y Pidal de otras épocas. Justo era que de



la valiente y animada defensa de los merecimientos del espíritu nacional que V. hace en sus *Cartas*.

Angústiame sólo el motivo que le indujo á escribirlas, que es ciertamente para afligir al más insensible, ver que, en el último tercio del siglo XIX, cuando tanto ha avanzado en todas direcciones el genio de la investigación histórica, aún esté casi enteramente inexplorada la ciencia ibérica de los pasados tiempos, hasta el punto de que escritores, nada vulgares por otros estilos, no teman desconceptuarse negándola ó menospreciándola con singular uniformidad é insistencia, y haya sido preciso desenterrar la péñola apologética de Matamoros, Lampillas, Forner y Cavanilles, no contra menguados enciclopedistas transpirenaicos, ni frívolos abates italianos de la anterior centuria, sino contra famosos literatos y filósofos españoles del día presente.

Pero bien mirado todo, no tenemos por qué lamentarnos de su conducta. *Oportet haerese esse*. Si ellos no hubiesen caído en la mala tentación de remedar las añejas ocurrencias <sup>del</sup> asendereado colaborador de la *Enciclopedia*, habriale faltado á V. ocasión

de enriquecer la literatura española con sus preciosas *Cartas*, en que tan brillantes muestras da de estar cortado por el patrón de los Nebrijas, Vives y Brocenses. El caudal de doctrina y de noticias (muchas harto nuevas), la madurez y penetración de juicio, la destreza polémica, el orden amplio y desembarazado, y la soltura, originalidad y abundancia de estilo que V. ostenta en ellas, hácenlas dignas de ponerse con los dechados del género en nuestra lengua. Maravilloso ciertamente es, en un joven de veinte años, tal conjunto de cualidades, que pocas veces aparecen reunidas. Y el asombro sube de punto al considerar que esas *Cartas* han sido improvisadas *ex abundantia cordis*, sin desatender otras tareas literarias, de mucho mayor empeño algunas. Ahí están, para no dejarme por hiperbólico, los *Estudios poéticos*, donde en breve conocerá el público la maestría envidiable con que V., émulo dichoso de Burgos, Castillo y Ayensa y otros preclaros traductores nuestros, interpreta en verso castellano las inspiraciones de la musa griega, latina, italiana, lemosina, portuguesa, francesa é inglesa; los *Estudios clásicos*, de que es un fragmento el



bello discurso acerca de *La novela entre los latinos*, por V. leído al recibir la investidura de doctor en filosofía y letras; el *Horacio en España*, curiosísimo ensayo bibliográfico y crítico sobre los traductores, comentadores é imitadores que entre nosotros ha tenido el gran poeta venusino; el *Bosquejo de la historia científica y literaria de los jesuitas españoles desterrados á Italia por Carlos III.* del cual han salido á luz, valiéndole á V. no pocos plácemes, diversos é interesantes trozos en *La España Católica*; los *Estudios críticos sobre escritores montañeses*, inaugurados con el tomo relativo á *Trueba y Cosío*, modelo de esta clase de monografías, dignamente ensalzado por el sabio Milá y Fontanals en el *Polybiblión*; la *Biblioteca de traductores españoles*, vasto tesoro de erudición biográfica y bibliográfica, en su mayor parte, y con infatigable aplicación y diligencia, ya reunida y ordenada; la *Historia de la Estética en España*, en que, por decirlo así, saca V. de bajo tierra una de las corrientes más fecundas y copiosas de la ciencia patria; y, finalmente, la *de los Heterodoxos españoles*, cuyo *plan*, que ahora se publica anticipadamente y á manera de *specimen*, manifiesta

bastante la magnitud é importancia de la empresa, y el talento y saber con que, de fijo, será desempeñada. Opimos frutos prometía para el porvenir la lucidísima carrera universitaria de V., discípulo fiel de la *escuela catalana*, educado por los Milá, los Rubió y los Llorens, que supieron cultivar y desarrollar sus nativas disposiciones...., la cosecha lleva trazas de exceder á las más galanas esperanzas. Niéguele su admiración con afectada superioridad la ruin envidia y la vanidosa pedantería; yo no sé reprimirla, ni quiero disimularla; hallo en abandonarme á ella especial fruición, mezclada de noble y legítimo orgullo. ¿Qué mucho, si me cabe parte en la gloria de V. por conterráneo, por amigo y por identificado con sus ideas, sentimientos y aspiraciones?

Pero volvamos á la materia de sus *Cartas*, de la cual insensiblemente me he venido apartando. Comprendo cuán en lo vivo herirían á V. en su corazón de español y en su alma de erudito los reiterados menosprecios y negaciones de que es objeto nuestra ciencia, y no extraño, por tanto, el tono cáustico y desenfadado con que á veces habla de sus, en esta parte, desalumbrados autores.



¿Qué buen hijo, y más en el hervor de la juventud, si acaso tiene que vindicar la honra de su madre, pertinaz y sistemáticamente denigrada (no por malicia de la voluntad, sin duda, pero denigrada al cabo), sabe contener su indignación, medir con absoluta serenidad sus expresiones y respetar escrupulosamente al agresor, sobre todo cuando la reputación de éste es lo único que da alguna fuerza y autoridad á sus palabras en la opinión del vulgo circunstante? Paciencia heroica habría menester, y los Job son *rarae aves*.

Harto más duros é incisivos, y de ordinario sin tantas circunstancias que lo atenuaran, han sido la mayor parte de los polemistas antiguos y modernos. Al cabo V. solamente descarga su *vis satirica* sobre flaquezas literarias, cuando ellos se entraban por la vida privada de sus contradictores, y hasta de sus defectos físicos hacían chacota, si ya no es que apelasen, para hundirlos, á la difamación y á la calumnia. Recuérdese, si no, cuán feroces y envenenadas solían ser las contiendas literarias del Renacimiento. Dejando aparte á Filelfo, á Poggio, á Lorenzo Valla, á Scalígero, á Scioppio y á otros,

justamente calificados por Nisard de *gladiadores de la república de las letras*, ¡con qué rudeza atacó Erasmo á sus adversarios en religión y en filología! ¡á qué armas acudió para defenderse! ¡Qué invectivas dispararon contra él Estúñiga, Carvajal y Sepúlveda! Y en todo aquel siglo, ¡qué carácter tan personal y virulento no tuvo casi siempre la controversia entre católicos y protestantes, aunque fuesen hombres doctos y pasasen por juiciosos y moderados los sustentadores! El tratarse recíprocamente de *locos, asnos, ebrios, licenciosos, ministros de Satanás, demonios, incendiarios* y otros excesos, era cosa común y corriente en las disputas que los humanistas trababan, siquier versasen sobre la más insignificante cuestión gramatical ó la interpretación de algún pasaje de los clásicos. Una rociada de improperios parecía la salsa de aquellas brutales pelamezas literarias. Y aun en tiempos de mayor delicadeza social, en el siglo xvii, ¡qué maligno y punzante no aparece Pascal, bien que con formas templadas, en las famosas *Provinciales*, donde á la par vulnera no pocas veces los fueros de la verdad y de la justicia!

Mas no necesitamos salir de nuestra pro-



pia casa. Recorramos la historia de las *guerras de pluma* en el siglo pasado, y encontraremos repetidos ejemplos de intolerancia y descomedimiento increíbles. El P. Feijóo, por lo común tan prudente y circunspecto, mostróse iracundo y altanero en la *Ilustración apologética* de su *Teatro crítico*, proporcionada en verdad al modo descortés con que le impugnaran Mañer, Soto Marne, y otros escritores de aquella época. Del P. Isla nadie ignora que en toda polémica, aun de las más graves, sazónaba con sangrientos chistes todos los rasgos de su pluma. ¿Y quién ha igualado á Forner en el uso de la sátira despiadada contra todo linaje de enemigos? Lean los que á V. le tildan de acre y mordaz sus opúsculos críticos, y entonces sabrán lo que es *dureza, furia y personalidades*. Ni fué sólo Forner quien se desmandase en este punto: lo mismo hacían sus contrarios; Iriarte, Huerta, Sedano, Sánchez, Vargas Ponce, Ayala, no le iban en zaga por lo tocante á aspereza y destemplanza. Y en este mismo siglo, ¿no hemos presenciado las durísimas *fraternas* de Don Fermín Caballero á Miñano y otros geógrafos del año 29, y más acá, y, prescindiendo

de lides menos ruidosas, la increíble por lo extremada entre Gallardo, D. Adolfo de Castro y Estébanez Calderón, con motivo de la publicación del *Buscapié* en 1848? ¿Ha llamado V. *caco ni biblio-pirata* á ninguno de los herederos de Mr. Masson?

No vengan á decirnos que esas eran riñas de plazuela entre literatos y bibliófilos, gente levantisca y revoltosa, como que no conocen los *mandamientos* del *Ideal de la humanidad*, ni saben poner atento oído al *Imperativo categórico*; ni tampoco nos repitan que muy de otra manera se han en sus controversias los publicistas formales, los *científicos* y filósofos eximios. Nadie negará que á esta categoría pertenece el sabio escocés Hamilton, el cual, no obstante, empeñado en polémica con el doctor Brown, díjole cosas, por lo menos, tan ásperas como V. á sus adversarios, llegando á afirmar de él que *rara vez citaba autores antiguos sin mostrar su absoluta incompetencia en las materias sobre que tan intrépidamente discurría*. Esto escribió Hamilton en la sesuda y flemática *Revista de Edimburgo*, por juzgar comprometida en aquella lucha la causa de la filosofía escocesa. No ha ido V. más lejos, á pesar de su san-



gre meridional y viveza juvenil, en una contienda en que andaban empeñados juntamente el crédito científico de España y el honor y la vida de la *filosofía española*.

No dejaré de aconsejarle, sin embargo, que en lo sucesivo, llegado el caso de habérselas de nuevo con los empedernidos sectarios de Mr. Masson, imite en lo que pueda al santo Patriarca idumeo, aunque ellos disten mucho de proponérsele por modelo. Así no les dejará V., para encubrir su derrota, el tradicional recurso de exclamar: «¡Esos *neos* (por lo visto, vuelve á estar de moda la palabrilla, que, para calificar á los admiradores de Vives, no tiene precio) siempre los mismos! ¡Siempre empleando, en lugar de razones, insultos y diatribas! ¿Cómo discutir en serio con tales gentes?» Y privados de esta puerta falsa, ¿por dónde se escaparían?

Porque, á los ojos del buen sentido y de la crítica imparcial, que no se para en la corteza de las cosas, V. ha conseguido sobre ellos señaladísima victoria. Empezaron asentando rotundamente que la vida científica de España estuvo oprimida y paralizada casi por completo durante el período que corre

desde los Reyes Católicos hasta la guerra de la Independencia. Sólo considerando cuánto suelen ofuscar aun á las más perspicuas inteligencias los prejuicios sistemáticos, acierto á explicarme cómo mi digno amigo y tocayo el Sr. Azcárate pudo aventurar proposición semejante, máxime teniéndola de antemano refutada nada menos que en la *Exposición histórico-crítica de los sistemas filosóficos modernos*, escrita por el sabio autor de sus días, ferviente panegirista del movimiento intelectual de España en el siglo xvi. El convencional de errónea no era por cierto difícil, y V. lo ha hecho cumplidamente, recordando los principales méritos de la *filosofía española*, enumerando los autores más ilustres que entre nosotros cultivaron las varias ramas del árbol enciclopédico, encomiando cual se merecen sus producciones y enseñanzas, y dando alguna idea de los adelantamientos debidos á su meditación y estudio. Su primera carta es un excelente resumen de la inmensa actividad intelectual desplegada por nuestros compatriotas en los tres siglos precedentes, á la vez que una demostración palmaria de la ligereza y falta de verdad con que se pinta al *despotismo inquisitorial* como



la causa única y más eficaz de nuestra decadencia científica y del menor progreso que en algún orden de conocimientos alcanzamos. ¿Qué obstáculos puso el Santo Oficio á Vives para señalar las múltiples fuentes de la corrupción de los estudios, ni al P. Feijóo para fulminar su crítica incansable contra toda casta de errores y preocupaciones? ¿En qué vejó á Vallés, Gómez Pereira, Isaac Cardoso y tantos otros por sus hipótesis y teorías físicas y psicológicas, para aquel tiempo tan osadas? ¿Qué persecuciones descargó sobre nuestros políticos y economistas en castigo de los principios y máximas, con frecuencia asaz radicales, que en sus libros expusieron? Si no impidió el florecimiento de las ciencias médicas, por los mismos adversarios reconocido, ¿con qué justicia puede imputársele nuestra relativa pobreza en las exactas, físicas y naturales?

Desalojados así de sus primeras posiciones, todavía no se dieron por vencidos los *massonianos*. Reconociendo, aunque á regañadientes, que el espíritu científico no estuvo del todo muerto en nuestros abuelos, han pretendido amenguar su importancia con sostener que aquellos sabios no pasaron de

*voces aisladas sin enlace ni consecuencia con el proceso de la cultura europea*, por donde nada valen en la historia general de las vicisitudes del entendimiento humano. Mas como la negación, sobre todo en absoluto, es siempre arriesgada, tropezaron de nuevo con la formidable oposición de V., que en otras dos cartas, amplificando especies ya apuntadas en la primera, puso de resalto á poca costa la inanidad de sus juicios y el ningún fundamento de sus aseveraciones.

No se habrían metido en tan mal paso, si en vez de medir, como sin duda miden, lo pasado por lo presente, parasen mientes en ciertos datos históricos y reflexionaran sobre ellos. Hoy, es verdad, nuestra ciencia halla eco muy débil fuera de los lindes de la Península. ¿Para qué han de venir los extranjeros á buscar pálidas y desfiguradas reproducciones de su saber y enseñanzas? ¿Tenemos en el día pensamiento propio, digno de ser estudiado? Esto hemos adelantado con el insensato empeño de divorciarnos de la tradición nacional y abrirnos á *todo viento de doctrina*. Excepto un corto número, casi todos producto de *neos* y obscurantistas como Balmes, Donoso Cortés, Fr. Zeferino Gon-



zález, Caminero...., ¿qué libros modernos de ciencia española han salvado los Pirineos? No sucedía así en el siglo xvi, y aun en el decadente xvii. Entonces se traducían y reimprimían y leían con avidez en toda Europa las producciones de Fr. Antonio de Guevara, paisano nuestro muy ilustre, las de Granada, Quevedo, Saavedra Fajardo, Gracián y otros mil, originalmente escritas en *castellano*, á tal punto, que una bibliografía de sus versiones sería inmensa y para España gloriosísima. Pues si esas obras, no todas de primer orden, obtenían tanta circulación entre los extranjeros, ¿qué no acontecería con las compuestas en *latín*, cuando éste era el idioma común de los sabios en el orbe cristiano? ¿Dejarían de infiltrarse y germinar en el espíritu de Europa y contribuir á su educación intelectual las doctrinas, las ideas nuevas, los descubrimientos en ellas contenidos? Por otra parte, multitud de sabios españoles desempeñaban á la sazón cátedras en las principales Universidades italianas, francesas y alemanas; hasta en Polonia y Dinamarca tuvimos profesores. ¿Cabe en lo posible que sus lecciones cayesen como semillas muertas sobre los innumerables

alumnos que á oírlas acudían? Si tan pobre y estadiza fuese nuestra ciencia, ¿habrían merecido tal aceptación en todas partes los libros y los doctores que la explicaban? ¿No prueba esto que íbamos, no á la cola, sino á la cabeza? ¿Cuándo se ha visto que los pueblos menos cultos manden en tanta abundancia lecturas y maestros á los más adelantados?

Numerosos hechos, cuya certeza é importancia sería monstruosa temeridad poner en duda, vienen en confirmación de estas inducciones tan obvias como legítimas. Juan Luis Vives sembró los gérmenes del *baconismo*, del *psicologismo* escocés y aun del *cartesianismo*, que tuvo también antecedentes más inmediatos en otros filósofos peninsulares; las doctrinas metafísicas y teológicas de Molina, Vázquez y Suárez, que modificaron el *tomismo* en puntos capitales, dando origen á empeñadas controversias, extendiéronse con la Compañía de Jesús hasta los últimos confines del globo; los teólogos españoles fueron los oráculos del Concilio de Trento y de todas las escuelas del continente, adquiriendo superior concepto, aun entre los protestantes; con las obras de los místicos,



recibidas donde quiera con extraordinario aplauso, nutrieron su espíritu San Francisco de Sales, Bossuet, Fénelon, etc., que no les superan ciertamente en profundidad ni en grandeza; en las de nuestros escritores filosófico-jurídicos, Vitoria, Ayala, Suárez, Domingo de Soto, bebieron Grocio y demás *organizadores* del Derecho natural y de gentes lo más selecto, puro y sólido de sus teorías; las de Huarte, Pujasol, Venegas y Bonet algo representan en el desarrollo histórico de la Frenología y de la Pedagogía, como en el de la Gramática general y de la Filología comparativa las del Brocense, Arias Montano y Hervás y Panduro; ¿qué más?: hasta las de nuestros físicos y naturalistas, en tan baja estima tenidos, aportaron no despreciables aumentos al acervo común de la ciencia europea. De todo esto ha hablado V. acertadamente. Y ante hechos de tal calibre, ¡hay doctores españoles, y de primera nota, que crean posible escribir la historia del saber humano sin contar para nada con España!

No es de admirar, á vista de semejante fenómeno, que los extranjeros miren con poco aprecio la ciencia española y desconoz-

can sus servicios. Así, no extraño que Roussetot, en su monografía de *Los místicos españoles*, hable de Raimundo Lulio como de un *loco verosímil sólo en el país de Don Quijote*, y llame *simples moralistas* á todos nuestros pensadores del siglo xvi, citando entre ellos á algunos que, como Sepúlveda, poco de *moral* escribieron, y hasta regatee su admiración á los sublimes *místicos* objeto de su libro, con tener por cierto y averiguado que *fueron ellos nuestra única* filosofía. Menos extraño aún que Emilio Saisset, que á la cualidad de francés une la de no presumir de *bispanista*, en su obrita de los *Precursores de Descartes*, ni siquiera miente los nombres de Vives, Juan de Valdés, Fox, Henao, Bernaldo de Quirós, Arriaga, Vallés, Doña Oliva Sabuco, Francisco Sánchez, Gómez Pereira, etc., de cuyos libros sacó ó pudo sacar el filósofo de la Turena la duda metódica, el entimema famoso, la doctrina del pensamiento y la extensión considerados como constitutivos esenciales respectivamente del espíritu y de la materia, la de las ideas innatas, la teoría de las pasiones, la localización del alma en la glándula pineal, el mecanismo, el automatismo de las bestias, etc. Ni



tampoco me sorprende que otros escritores franceses, que, como, por ejemplo, M. Le-  
vêque en la *Revue des Deux Mondes*, han  
ventilado recientemente este último punto,—  
hoy de alguna entidad por lo que se relacio-  
na con la psicología comparativa,—hagan  
caso omiso de la *Antoniana Margarita* y de  
sus impugnadores. ¿Por dónde pretendería-  
mos que los extraños nos diesen ejemplo de  
*españolismo*, cuando no saben (salvo sus in-  
tenciones) dárnosle los propios?

Desde el comienzo de la presente contien-  
da vióse asomar, en medio de las varias ne-  
gaciones, digámoslo así, concéntricas, que  
la ocasionaron, y cual núcleo de ellas, una  
negación capital, en cuyo mantenimiento  
han revelado mayor empeño los *massonianos*,  
así como V., por su parte, lo ha puesto no  
menor en echarla abajo; la negación de la  
*filosofía española*. Arrollados por la erudición  
y la lógica de V., fueron abandonándolas  
todas sucesivamente; á ésta de que hablo no  
renunciaron hasta el postrer momento, en-  
astillándose en ella como en su último y  
máspreciado baluarte. Eran harto débiles  
sus fundamentos para que pudiese sostenerse  
mucho tiempo. No sé con qué derecho exi-

gen los adversarios, como condición *sine qua  
non*, para que un pueblo pueda blasonar de  
tener *filosofía propia*, y con ella opción á figu-  
rar honrosamente en los anales de la ciencia,  
el que ofrezca una serie de filósofos regimen-  
tados en forma de *escuela*, y que el influjo  
de ésta haya trascendido al resto del mundo.  
Páreceme que con poseer cierto número de  
pensadores ilustres que, reflejando la índole  
del genio nacional, apareciesen unidos por  
comunes caracteres externos, bastaría. No  
tuvo más Italia, y de los chinos no sabemos  
que sus luces hayan llegado mucho más acá  
de las fronteras del Celeste Imperio. Con  
todo, á nadie se le ha ocurrido la peregrina  
idea de calificar de mitos á las *filosofías ita-  
liana* y *china*, y menos de privarlas de los  
honores de la historia. Pero no necesitó V.  
valerse de esta clase de argumentos, supues-  
to que podía acometer de frente al enemigo,  
oponiéndole no *una*, sino *tres creaciones  
filosóficas españolas, tres escuelas originales  
de influencia en el pensamiento europeo*, á sa-  
ber: el *lulismo*, el *suarismo* y el *vivismo*, aun  
sin contar el *senequismo*, el *averroísmo* y el  
*maymonismo*.

La existencia del *lulismo* y del *suarismo*